





PLANETA

CONTEMPORÁNEO

# ANTOLOGÍA DE LA POESÍA COLOMBIANA CONTEMPORÁNEA

RAMÓN COTE BARAIBAR (COMP.)

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© Ramón Cote Baraibar (comp.), 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6356-8

ISBN 10: 958-42-6356-0

Primera impresión en esta edición: diciembre de 2017

Segunda impresión en esta edición: enero de 2019

Tercera impresión en esta edición: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## RAMÓN COTE BARAIBAR

Ramón Cote Baraibar (Cúcuta, 1963) ha publicado, entre otros, los libros de poesía *Poemas para una fosa común*, *El confuso trazado de las fundaciones*, *Botella papel*, Colección privada, premio de Casa de América 2003, *Los fuegos obligados*, premio Unicaja de poesía 2009, *Como quien dice adiós a lo perdido* (2014) y *Hábito del tiempo* (antología) (2015).

Además, es autor de *Diez de ultramar*, antología de la joven poesía latinoamericana, de la *Antología esencial de la poesía colombiana del siglo xx*, de los libros de cuentos *Páginas de enmedio* y *Tres pisos más arriba* y de los libros infantiles *Feliza y el elefante*, *Magola contra la ley de la gravedad* y *El gato izquierdo*.



# TERRITORIOS

En su famoso libro sobre el Renacimiento, el autor francés Pierre Francastel sostenía que el principal logro de los pintores de esta época consistió en haber logrado ubicar exactamente la figura dentro de un espacio. La perspectiva, aliado al conocimiento de la anatomía, permitió a estos artistas crear una unidad perfecta entre las formas y el lugar que los rodea. De manera similar la poesía colombiana contemporánea ha intentado hacer lo mismo: habitar un espacio por medio de las palabras, dotar a una geografía específica y a las personas que lo habitan de un lugar donde encajen, donde se puedan reconocer.

Este propósito lo logran por primera vez en el país de dos nuestros poetas tutelares: Aurelio Arturo y Álvaro Mutis. El primero con *Morada al sur*, y el segundo con *Los elementos del desastre*. Si bien es cierto que los poemas que componen el único libro de Arturo se fueron publicando espaciadamente en la década de los treinta y cuarenta, sólo hasta 1964 vio la luz este libro publicado en las ediciones del Ministerio de Educación Nacional dirigido por Pedro

Gómez Valderrama, mientras que el libro de Mutis se publicó once años antes, en la colección de poesía de la editorial Losada de Buenos Aires que dirigía Rafael Alberti. Gracias a estos libros nuestra poesía supo encajar perfectamente la figura en el lugar, o mejor, las palabras en su espacio. Y para lograrlo Arturo se valió de su maravilloso oído, de su capacidad de condensación y visualización de su Nariño natal, valiéndose a su vez de una musicalidad envolvente que lo acercaba a la poesía anglosajona —la cual tradujo—, así como Mutis lo hizo gracias a su poder verbal y su enorme capacidad metafórica que hizo suya de la poesía francesa y de la poesía surrealista.

El paisaje colombiano que se había tocado tímidamente por algunos poetas, apenas mediante topónimos o por la mención de árboles y frutos nativos, fue el espacio elegido para lograr una verdadera transformación. En Morada al Sur, en efecto, las montañas, sus habitantes y sus costumbres, encontraron una melodía única, fantasmagórica, tamizada por la memoria y la nostalgia. En Los elementos del desastre, la tierra caliente, con todo su poder devastador, de desgaste y supervivencia, quedan retratados de una manera única, convincente. Alejados del costumbrismo y del embellecimiento lírico, tanto la derrota y el desazón de Mutis, donde el caos de la naturaleza se alía al desorden de los sentidos, como la lenta emanación de las cosas y los lugares de Arturo, permiten entonces que haya una mirada nueva sobre lo que nos rodea, creando las bases de lo que seguirá más adelante. En ambos poetas, hay que insistir en ello, el paisaje no aparece como un



decorado sino precisamente como la materia fundamental del afianzamiento de la relación del sujeto con su entorno. Existe entonces por primera vez en la lírica colombiana una nueva territorialidad poética, una válida apropiación del espacio, donde lo exterior se interioriza y vuelve al exterior totalmente transformada mediante el poder de la palabra. Esa territorialidad como desciframiento, como constatación de una identidad, es definitiva pues abre nuevos caminos y permite que la propia geografía, así como las personas que la habitan, sea cantada de una manera totalmente distinta. Y distintiva. Tal como afirma Santiago Espinosa en “Escribir en la niebla” existe un “reencuentro del lenguaje con su territorio”<sup>1</sup>.

Esa conjunción de la figura y el lugar en nuestro trabajo lírico realizada por Arturo y Mutis ha tenido grandes consecuencias para los poetas que los siguieron, toda vez que habían encontrado ya un tono único, diferenciado y diferenciador, que permitía una libertad de acción pocas veces vista en la poesía colombiana, con las excepciones de Vidales y León de Greiff. El modernismo se había extendido demasiado tiempo entre nosotros y las vanguardias apenas habían tenido eco, a diferencia de otros países de la región como Perú —Moro, Westphalen—, Chile —Huidobro, Neruda, Braulio Arenas—, Argentina —Pellegrini—, por solo mencionar algunos países de Suramérica. Es cierto que los poetas de Piedra y Cielo —Carranza, Rojas,

---

1 Santiago Espinosa. *Escribir en la niebla. 14 poetas colombianos*. 2015. Valparaíso Ediciones. Granada, España.

Camacho Ramírez— abrieron tímidamente esa puerta a la modernidad a la que nos referíamos más arriba, pero fueron precisamente Arturo y Mutis quienes ya le dieron carta de naturaleza, nunca mejor dicho, a la poesía colombiana. Con ellos entró la poesía colombiana al siglo XX. Y se hizo de dos maneras distintas: La poesía de Arturo fue una implosión. La de Mutis fue una explosión. Implosión porque en el primero se vale de la propia tradición de la poesía colombiana para poner una carga en profundidad desde el interior, sin necesidad de transgredirla. Y explosión, porque Mutis la abordó con crudeza y fatalismo, dinamitando el canon del buen gusto aceptado hasta el momento para crear nuevos lugares para el canto desde el propio deterioro y la fealdad para finalmente encontrar una nueva belleza que no había existido antes. Ya el paisaje colombiano no volvería a ser el mismo. Ni la persona que lo canta. Ni tampoco la poesía colombiana. Y gracias a ellos, por la extrañeza y la marginalidad del primero sumado a la vitalidad y cosmopolitismo del segundo, permitieron a la poesía colombiana tener una voz propia, ajena a las propias corrientes nacionales en boga, para insertarlas de lleno en el corazón de la contemporaneidad.

Mutis se refirió alguna vez a la poesía colombiana como de una “irrespirable beatitud lírica”. Y no le faltaba razón. Este especie de statu quo se rompió definitivamente y para siempre con la aparición de la revista *Mito* que marcó a hierro el destino de la poesía colombiana. Sus cuarenta y dos números fueron el reflejo de un país que quería salir de su aislamiento no solo literario, sino social y político. En efecto, su vinculación con las corrientes literarias,

sociológicas, económicas, políticas del momento surtieron un efecto vivificador, tonificante. Haberle dado voz y espacio a tantos autores de gran calidad, a analistas de distintas tendencias, fue otro de sus aciertos. Lo rural dejaba de ser un mero cuadro de costumbres y la ciudad empezaba también a ser un pilar fundamental de acción.

Justamente en esta época, en la década del cincuenta, es donde se funda la Colombia moderna. Empezamos a tener una identidad visual, gracias a pintores como Obregón, Grau, Botero, a escultores como Ramírez Villamizar, Negret, una identidad narrativa, gracias a escritores fundamentales como lo son García Márquez, Cepeda Samudio, Gómez Valderrama, una identidad poética gracias a Gaitán, Cote, Charry, Mutis, Arbeláez, una identidad crítica con Valencia Goelkel, Téllez, una identidad de análisis histórico político con Jaramillo Uribe, Jorge Child, una identidad filosófica con Gutiérrez Girardot o Danilo Cruz Vélez. Nacía un nuevo país y necesitaba un nuevo lenguaje para expresarlo. Y así se hizo. Se insertó el mundo en Colombia, y más tarde se insertaría Colombia en el mundo.

Ya con esos fundamentos puestos, los nadaístas en los años sesenta y setenta hicieron suyo otro territorio: el territorio urbano donde la ironía, la desacralización de los valores arraigados en una sociedad que apenas estaba despertando a la modernidad fueron su caballo de batalla. A su vez, por afinidad y contacto con la poesía beatnik de los Estados Unidos, X-504, Jotamario, Eduardo Escobar, Amílcar Osorio y tantos otros, airearon la casa de la poesía colombiana en un movimiento que, como lo expresa el poeta Elkin Restrepo, “hizo saltar de la silla a la

cultura señorial del país”<sup>2</sup>. No solo desmitificaron en sus manifiestos a la literatura colombiana, sino que también a su modo le permitieron la entrada a nuevos registros como la perorata, las sartas de los vendedores callejeros, las arengas, pero curiosamente también a la sacralización de lo banal, de lo intrascendente. Paradójicamente el nadaísmo está recorrido de punta a punta por una especie de misticismo. Pero ese es otro tema que habría que tratar en otro artículo.

Precisamente uno de los espacios de la nueva territorialidad ya mencionados será la ciudad y surgirán poetas que encuentran en esta su razón de ser. Y de cantar. “Voy por las calles” o “Poemas urbanos” de Mario Rivero saben unir la cultura popular, el arte pop, los boleros y las baladas sentimentales —por algo uno de sus libros se llama precisamente así, *Baladas*—, y dan fe de esta nueva manera de enfrentar a la poesía con la realidad. Realidad que, en el caso colombiano, está signada desde sus orígenes por la violencia, por las estrechas costumbres religiosas y morales, por una política que reprimía cualquier atisbo de cambio por considerarlo no solo improcedente sino peligrosamente revolucionario. Pero ante ese círculo vicioso de guerras, muertes, inmovilismo político, social y religioso, la poesía supo a su vez encontrar su camino, que ya hemos visto que es el vértigo de la ciudad, pero también le dio la entrada a un intimismo, donde lo banal, las cosas de mal gusto

---

2 Elkin Restrepo. “Amílcar”. *Revista Universidad de Antioquia*, No. 327. Enero-Marzo, 2017, p. 64.

también tuvieron su protagonismo. La libertad otorgada y ganada, la pérdida del respeto a la ceremoniosa poesía, a su vez dio paso a la consagración caótica del individuo: sus recuerdos, sus dudas y aspiraciones, sus fabulaciones. Véase si no es así en la poesía de Giovanni Quessep, quien busca sus raíces de medio oriente en sus palabras, o en los poetas de la Generación sin Nombre, poetas que hacen de su cuerpo un refugio y después un imperio. María Mercedes Carranza, Darío Jaramillo, Juan Gustavo Cobo Borda, Méndez Camacho, supieron por medio de la desengaño y la inteligencia, de la observación y la decepción, armar sus respectivas obras, tan distintas unas de otras pero con ese eje común que los une.

Las estrechas fronteras de la poesía colombiana fueron sistemáticamente traspasadas por estos poetas que supieron incorporar nuevas influencias y encontrar nuevos campos de acción —ciudad, intimidad, cursilería—. En dos palabras: se le perdió el miedo a la solemnidad. Convivían en estos años setenta la antirretórica de Nicanor Parra con la trascendencia de Octavio Paz, con los epigramas políticos de Cardenal, pero también con la materia considerada como un arte menor y rechazado por no ser un material “literario”, tan bien manejado por José Emilio Pacheco.

Roto el corset de lo políticamente correcto o en nuestro caso, de lo poéticamente correcto, la poesía colombiana de finales de siglo pasado encontró sus nuevos territorios que les permitió apropiarse de su entorno, sin dejar de lado la violencia. Una violencia social pero también una violencia personal. Parecía como si ese verso de Saint John Perse

—“un principio de violencia regía nuestras costumbres”— parecía estar dedicado a Colombia. La denuncia pero también la intimidación, el horror y el asombro se ven con gran claridad en obras como las de José Manuel Arango o Juan Manuel Roca; el dolor, el placer y el extravío en Piedad Bonnett; los retratos oblicuos de artistas y también de sí mismo de Elkin Restrepo, la minuciosidad de lo mínimo en Horacio Benavides; las extravagancias y confesiones atormentadas de Gómez Jattin; la exactitud de los haikú de Gustavo Adolfo Garcés, son algunos ejemplos de esta nueva irradiación de la poesía colombiana, irradiación que les permitirá a las jóvenes generaciones nacidas en los setenta y ochenta ampliar el círculo de acción para indagar en nuevos territorios.

Ahondando en este asunto, el poeta, crítico y profesor Jorge Cadavid ha identificado cinco tendencias de la poesía de estos poetas: La tendencia crítica y autocrítica, la tendencia clásica, la tendencia barroca, la tendencia de carácter prosaico y narrativo y la tendencia filosófica. Y dice: “La persistencia de la poesía de finales del siglo XX no solo se ofrece como consecuencia de una marcada fertilidad creadora, sino que se apoya, además, en un fenómeno histórico finisecular más vasto que corresponde a la crisis universal del espíritu y de las letras que inicia, a finales del siglo XIX, con la disolución de la mayoría de las estructuras ideológicas que, según Paz, se caracteriza por: el fin de las utopías, la no creencia en la antigua concepción

de progreso, la crisis de la noción de sujeto histórico y la duda en la racionalidad continua e infinita de la historia”<sup>3</sup>.

Resulta muy interesante observar cómo a su vez, pertenezcan o no a las tendencias anotadas, estos poetas se relacionan con su entorno, con su propia realidad personal y colectiva, con su vida y su propia geografía, conformando a su vez un cúmulo de voces que permiten atisbar rasgos de una nueva identidad, donde la interdisciplinariedad se hace patente: acercarse a la pintura, a la fotografía, a la ciencia, a la matemática, a la física, a la medicina, a la tecnología, a la filosofía. Pérdida de márgenes: conquista de fronteras.

Ya es un vergonzoso lugar común decir que la gran diferencia entre las épocas anteriores con la presente radica en la facilidad e inmediatez para las comunicaciones y para acceder a la información y al conocimiento de manera inmediata. Estos mismos medios, unido fenómenos como el fin de la utopía, la globalización, así como el poder de lo local, han cambiado nuestra manera de relacionarnos con el entorno. Y la poesía no ha sido ajena a esta transformación. Lo que antes era una actividad casi secreta, se ha convertido en pocos años en un fenómeno masivo, pero, paradójicamente, el exceso de información se acaba convirtiendo en un pequeño caos. Ha crecido el pajar y cada vez es más difícil encontrar la aguja.

---

3 Jorge Cadavid. “Poesía colombiana 1990- 2012”. Revista Coherencia. Vol. 9, No. 17 Julio – Diciembre, 2012, Medellín, pp. 131-153.

Este libro que tiene el lector en sus manos traza un arco que va desde Aurelio Arturo (1906) y que culmina con Lauren Mendinueta (1977), abarcando en su recorrido más de treinta poetas. Pero la poesía nunca se detiene. Prueba de ello es la más reciente producción fruto de la obra de poetas nacidos a partir de 1980 donde se registra, como nunca antes en nuestra lírica, una destacada presencia femenina, con nombres como los de Lucía Estrada, Andrea Cote, Tania Ganitsky, Camila Charry Noriega, María Gómez Lara, Carolina Dávila, Fátima Vélez, Laura Castillo, entre tantas otras mujeres que despuntan en las nuevas generaciones. Entre los hombres se advierten las voces de Santiago Espinosa, Henry Alexander Gómez, Giovanni Gómez, Felipe Martínez Pinzón, por solo mencionar algunos de ellos. Todos necesitan de una urgente antología que les haga pronta justicia a su trabajo.

La presente antología ha tenido como eje fundamental, como ya se ha apuntado, la construcción, afianzamiento y expansión de nuevos territorios, y del poeta sobre estos. En esta los poetas aquí presentes han sabido realizar en distintas épocas esa apropiación del lugar, de su naturaleza física y espacial, lo que ha dado como resultado una de las propuestas poéticas más interesantes y de mayor calidad del continente americano. Y es el deseo que estos poemas despierten el interés en los nuevos lectores que se asoman a la poesía colombiana para que descubran un nuevo espejo de su propia cara.

RAMÓN COTE BARAIBAR





# AURELIO ARTURO

La Unión, Nariño. 1906-1974. Libros de poesía: Poemas (1945). Morada al sur (1963). Morada al sur y otros poemas (2009).

## MORADA DEL SUR

### I

En las noches mestizas que subían de la hierba,  
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,  
estremecían la tierra con su casco de bronce.  
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.

Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.  
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.  
(Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,  
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura).  
Miraba el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.

Una vaca sola, llena de grandes manchas,  
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,  
es como el pájaro toche en la rama, “llanita”,  
“manzana de miel”

El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla.  
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,  
con majestad de vacada que rebasa los pastales.  
Y un ala verde, tímida, levanta toda la llanura.

El viento viene, viene vestido de follajes,  
y se detiene y duda ante las puertas grandes,  
abiertas a las salas, a los patios, las trojes.

Y se duerme en el viejo portal donde el silencio  
es un maduro gajo de fragantes nostalgias.

Al mediodía la luz fluye de esa naranja,  
en el centro del patio que barrieron los criados.  
(El más viejo de ellos en el suelo sentado,  
su sueño, mosca zumbante sobre su frente lenta).

No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño  
se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.  
Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo,  
al sur el curvo viento trae franjas de aroma.

(Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos  
de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos).

## II

Y aquí principia, en este torso de árbol,  
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,  
la casa grande entre sus frescos ramos.  
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.

En esas cámaras yo vi la faz de la luz pura.  
Pero cuando las sombras las poblaban de musgos,  
allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos  
sus lunas más hermosas la noche de las fábulas.

\*\*\*

Entre años, entre árboles, circuida  
por un vuelo de pájaros, guirnalda cuidadosa,  
casa grande, blanco muro, piedra y ricas maderas,  
a la orilla de este verde tumbo, de este oleaje poderoso.

En el umbral de roble demoraba,  
hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,  
el alto grupo de hombres entre sombras oblicuas,  
demoraba entre el humo lento alumbrado de

remembranzas:

Oh voces manchadas del tenaz paisaje, llenas  
del ruido de tan hermosos caballos que galopan  
bajo asombrosas ramas.

Yo subí a las montañas, también hechas de sueños,  
yo subí, yo subí a las montañas donde un grito  
persiste entre las alas de palomas salvajes.

\*\*\*

Te hablo de días circuidos por los más finos árboles:  
te hablo de las vastas noches alumbradas  
por una estrella de menta que enciende toda sangre:

te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria  
que cae eternamente en la sombra, encendida:

te hablo de un bosque extasiado que existe  
sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa  
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas.

Te hablo también: entre maderas, entre resinas,  
entre millares de hojas inquietas, de una sola hoja:  
pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,  
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron

por los bellos países donde el verde es de todos los colores,  
los vientos que cantaron por los países de Colombia.

Te hablo de noches dulces, junto a los manantiales, junto  
a cielos,  
que tiemblan temerosos entre alas azules:

te hablo de una voz que me es brisa constante,  
en mi canción moviendo toda palabra mía,  
como ese aliento que toda hoja mueve en el sur, tan dulce-  
mente,  
toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.

## CANCIÓN DE LA NOCHE CALLADA

En la noche balsámica, en la noche,  
cuando suben las hojas hasta ser las estrellas,  
oigo crecer las mujeres en la penumbra malva  
y caer de sus párpados la sombra gota a gota.

Oigo engrosar sus brazos en las hondas penumbras  
y podría oír el quebrarse de una espiga en el campo.

Una palabra canta en mi corazón, susurrante  
hoja verde sin fin cayendo. En la noche balsámica,  
cuando la sombra es el crecer desmesurado de los árboles,

me besa un largo sueño de viajes prodigiosos  
y hay en mi corazón una gran luz de sol y maravilla.

En medio de una noche con rumor de floresta  
como el ruido levísimo del caer de una estrella,  
yo desperté en un sueño de espigas de oro trémulo  
junto del cuerpo núbil de una mujer morena  
y dulce, como a la orilla de un valle dormido.

Y en la noche de hojas y estrellas murmurantes  
yo amé un país y es de su limo oscuro  
parva porción el corazón acerbo;  
yo amé un país que me es una doncella,  
un rumor hondo, un fluir sin fin, un árbol suave.

Yo amé un país y de él traje una estrella  
que me es herida en el costado, y traje  
un grito de mujer entre mi carne.

En la noche balsámica, noche joven y suave,  
cuando las altas hojas ya son de luz, eternas...

Mas si tu cuerpo es tierra donde la sombra crece,  
si ya en tus ojos caen sin fin estrellas grandes,  
¿qué encontraré en los valles que rizan alas breves?,  
¿qué lumbre buscaré sin días y sin noches?

## INTERLUDIO

Desde el lecho por la mañana soñando despierto,  
a través de las horas del día, oro o niebla,  
errante por la ciudad o ante la mesa de trabajo,  
¿a dónde mis pensamientos en reverente curva?

Oyéndote desde lejos, aun de extremo a extremo,  
oyéndote como una lluvia invisible, un rocío.  
Sintiéndote en tus últimas palabras, alta,  
siempre al fondo de mis actos, de mis signos cordiales,  
de mis gestos, mis silencios, mis palabras y pausas.

A través de las horas del día, de la noche  
-la noche avara pagando el día moneda a moneda-  
en los días que uno tras otro son la vida, la vida  
con tus palabras, alta, tus palabras, llenas de rocío,  
oh tú que recoges en tu mano la pradera de mariposas.

Desde el lecho por la mañana, a través de las horas,  
melodía, casi una luz que nunca es súbita,  
con tu ademán gentil, con tu gracia amorosa,  
oh tú que recoges en tus hombros un cielo de palomas.



## RAPSODIA DE SAULO

Trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles,  
hacer canoas de los troncos.

Ir por los ríos en el sur, decir canciones,  
era bueno. Trabajar entre ricas maderas.

(Un hombre de la riba, unas manos hábiles,  
un hombre de ágiles remos por el río opulento,  
me habló de las maderas balsámicas, de sus efluvios...  
Un hombre viejo en el sur, contando historias).

Trabajar era bueno. Sobre troncos  
la vida, sobre la espuma, cantando las crecientes.

¿Trabajar un pretexto para no irse del río,  
para ser también el río, el rumor de la orilla?

Juan Gálvez, José Narváez, Pioquinto Sierra,  
como robles entre robles... Era grato,  
con vosotros cantar o maldecir, en los bosques  
abatiravecillas como hojas del cielo.

Y Pablo Garcés, Julio Balcázar, los Ulloas,  
tántos que allí se esforzaban entre los días.

Trajimos sin pensarlo en el habla los valles,  
los ríos, su resbalante rumor abriendo noches,  
un silencio que picotean los verdes paisajes,  
un silencio cruzado por un ave delgada como hoja.

Mas los que no volvieron viven más hondamente,  
los muertos viven en nuestras canciones.

Trabajar... Ese río me baña el corazón.

En el sur. Vi rebaños de nubes y mujeres más leves  
que esa brisa que mece la siesta de los árboles.

Pude ver, os lo juro, era en el bello sur.

Grata fue la rudeza. Y las blancas aldeas,  
tenían tan suaves brisas: pueblecillos de río,  
en sus umbrales las mujeres sabían sonreír y dar un beso.  
Grata fue la rudeza y ese hálito de hombría y de resinas.

Me llena el corazón de luz de un suave rostro  
y un dulce nombre, que en la ruta cayó como una rosa.  
Aldea, paloma de mi hombro, yo que silbé por los caminos,  
yo que canté, un hombre rudo, buscaré tus helechos,  
acariciaré tu trenza oscura, -un hombre bronco-,  
tus perros lamerán otra vez mis manos toscas.  
Yo que canté por los caminos, un hombre de la orilla,  
un hombre de ligeras canoas por los ríos salvajes.

## CANCIÓN DEL AYER

Un largo, un oscuro salón rumoroso  
cuyos confines parecían perderse en otra edad balsámica.  
Recuerdo como tres antorchas áureas nuestras cabezas  
                                                          inclinadas  
sobre aquel libro viejo que rumoraba profundamente en  
                                                          la noche.

Y la noche golpeaba con leves nudillos en la puerta de  
                                                          roble.

Y en los rincones tantas imágenes bellas, tanto camino  
soleado, bajo una leve capa de sombra luciente como  
                                                          terciopelo.

La voz de Saúl me era una barca melodiosa.  
Pero yo prefería el silencio, el silencio de rosas y plumas,  
de Vicente, el menor, que era como un ángel  
que hubiese escondido su par de alas en un profundo  
                                                          armario.

Mas, ¿quién era esa alta, trémula mujer en el salón  
                                                          profundo?  
¿Quién la bella criatura en nuestros sueños profusos?  
¿Quizá la esbelta beldad por quien cantaba nuestra  
                                                          sangre?

¿O así, tan joven, de luz y silencio, nuestra madre?

O acaso, acaso esa mujer era la misma música,  
la desnuda música avanzando desde el piano,  
avanzando por el largo, por el oscuro salón como en  
un sueño.

\*\*\*

(A ti lejano Esteban, que bebiste mi vino,  
te lo quiero contar, te lo cuento en humanas,  
miseras palabras:

Cuando estás en la sombra. Cuando tus sueños bajan  
de una estrella a otra hasta tu lecho,  
y entre tus propios sueños eres humo de incienso,  
quizá entonces comprendas, quizá sientas,  
por qué en mi voz y en mi palabra hay niebla).

Un largo, un oscuro salón, tal vez la infancia.  
Leíamos los tres y escuchábamos el rumor de la vida,  
en la noche tibia, destrenzada, en la noche  
con brisas del bosque. Y el grande, oscuro piano,  
llenaba de ángeles de música toda la vieja casa.